

La nueva violencia de la «generación tupida»

Desde dentro de un ciclo violento

EN los últimos meses los medios de comunicación han presentado una serie de acciones violentas de jóvenes que han preocupado a la opinión pública. Desde las protestas por el cierre de las zonas de bares hasta las revueltas municipales por la restricción en los encierros; aludimos a hechos como los rapados, la toma de la calle por jóvenes ultranacionalistas vascos o una violencia descarnada en el lenguaje.

Estos hechos se enmarcan, además, en un ciclo cultural más amplio en el que se ve un ascenso en el nivel de violencia expresiva. No hay más que analizar las series televisivas y otros productos culturales (música, baile, etc.) para percibir que hay una agresividad mucho mayor. Cuatro de los grandes temas reiterados son una afición por lo satánico como paroxismo de lo siniestro (ver algunos juegos de rol,

letras de música, etc.), gusto por lo sucio, prácticas sádicas y atracción por las artes marciales como ceremonia de culto a la violencia.

Uno de los signos más claros está a nuestra disposición en la programación infantil. Los dibujos animados de mayor audiencia en la última década han sido programas que desarrollan como argumento central una violencia explícita y cruel. Es el caso del denominado «manga», el cómic japonés, de altos contenidos erótico-violentos. Se ofrece bajo el disfraz atenuante de la «ascesis» de las artes marciales, pero va más allá degradando a éstas. La expansión del «manga» es evidente no sólo en la televisión o en el cómic (es el cómic más consumido y ha logrado levantar una industria que estaba decayendo), sino que es el producto cinematográfico cuyo consumo ha ascendido más en los años noventa.

En resumen, se constata que hay un ascenso del umbral de violencia no accidental, sino cultural. Es una violencia de largo ciclo de la que queremos hablar.

Los hijos de Heidi y Marco viven tiempos salvajes

PRIMERO, un argumento contra la sensación de sublevación nacional. La violencia juvenil sólo se denuncia cuando hay algunas explosiones en diferentes municipios. No se critica la violencia inscrita en los códigos culturales de la generación. Los medios de comunicación están amplificando excesivamente todos los fenómenos juveniles, creando un mundo sobredimensionado (léase el excesivo peso que se le da a las tribus urbanas). Forma parte de una estrategia mercantil de atracción de la nueva generación al consumo de tal o cual medio. La prensa para jóvenes es la más amarilla. A los medios no les resulta rentable una prensa crítica con los jóvenes, sino que se les trabaja el «morbo».

Segundo, cuando hablamos de violencia juvenil, tenemos que hablar principalmente de la violencia sufrida por jóvenes. La violencia estructural que sufren los jóvenes ha aumentado claramente. La violencia no solamente se sufre en la calle con

litronas volando por el aire contra las fuerzas policiales, sino que la violencia también se vive estructuralmente. La situación de paro permanente, las expectativas frustradas de la expansión universitaria y el problema de la vivienda, generan un ámbito de presión máxima sobre los jóvenes. A esto se suma que es la generación demográficamente más numerosa y tienen encima a unas cohortes que saturan y ciegan todas las posibles salidas («desagües sociales»). Es una generación tupida. Estamos hablando de una generación que se ha criado con un alto nivel de consumo y con esperanzas muy vivas en el futuro. El choque con un futuro duro produce un sentimiento de privación relativa que rompe con la idea común de que es la generación que ha tenido todo más fácil.

El joven de hoy se siente en una selva en la que hay que competir con los demás por conseguir un puesto de trabajo y hay que pugnar por conservarlo. Esto se consigue no a través de un proceso reglado meritocrático, sino manejando enchufes y otras vías informales para entrar en el mercado. Un grupo musical llamado «Ilegales» compuso una canción en la que dice:

«Tiempos nuevos, tiempos salvajes,
toma un arma, esto te ayudará;
levántate y lucha, ésta es tu pelea;
no voy a luchar por ti.»

**Los jóvenes de final del XX
forman una «Generación tupida».**

PERO paradójicamente las protestas y acciones violentas no están motivadas por causas socioeconómicas (vivienda, paro, etc.) sino por restricciones en el mundo del ocio. Una juventud desarticulada asociativamente y sin una cultura de participación social sólo se activa en actos de masas, generalmente relacionados con el tiempo libre. Los últimos conflictos no evidencian una fractura clasista o generacional, sino explosiones de tensión social acumulada que se cataliza en acciones concretas (a

veces triviales) a las que se les confiere gran carga simbólica. Socialmente, se trata de disolver las «espoletas» estructurales de los jóvenes, a través de unas políticas de juventud que orientan al joven a una «ciudadanía ligera». La fuerza utópica queda degradada en «fruitopías». El deseo se mitiga, se conduce hacia aspectos marginales. La violencia ejercida no va más allá del pataleo.

Estimamos que la sintaxis de la violencia no ha variado demasiado: por una parte, estructuras injustas asociadas a los adultos contra las que explotan revueltas de jóvenes, y en otro lado, minorías activistas de violencia callejera sistemática. La relación social no ha variado en lo fundamental: lo que sí ha cambiado es el grado de tensión y el «léxico» de la violencia. La alta presión estructural de violencia ha acogido bien un ciclo cultural de ascenso de lo agresivo.

Más allá de la regeneración, una generación moral

SI las generaciones jóvenes saben más de violencia es porque se les ha enseñado. La violencia se aprende. A esto colabora sin duda la fragilidad y fragmentariedad de la construcción de la identidad, más expuesta a los medios de masas y menos a la familia y a la vida vecinal. Estamos en tiempos en que la cultura de socialización está muy descontrolada, la hemos dejado en manos de la competencia entre televisiones.

La violencia no es un acto gratuito, es un signo que debemos leer atentamente, aunque muchas voces pidan sólo represión. De la violencia juvenil se ha hecho una versión desde los «sucesos», y hay que hacerla desde las grandes secciones de política, cultura o economía.

Si esa violencia es signo de unas relaciones clasistas y generacionales injustas, debemos preparar medidas prácticas y visibles que encaucen una reforma de las estructuras. Sin embargo, los jóvenes perciben que nada cambia, incluso que «no hay futuro». Este conservadurismo sentido se agrava con

la desestructuración ideológica y una pérdida de referentes utópicos hacia los que conducir las fuerzas. La juventud de antes sentía que había una «República» justa, aunque eran «Horizontes lejanos»; hoy el nombre de la película sería «Horizontes frustrados».

Sería difícil reducir el umbral de violencia en el que viven los jóvenes. Una violencia que no es instrumental (como la del atraco) sino expresiva (la de la litrona). Y creemos que la crisis del GAL, que ha manchado al Estado, y las políticas televisivas no contribuyen a legitimar la demanda adulta de paz para los jóvenes. Cuando hablemos de la violencia juvenil, los mayores debemos mirarnos a nosotros mismos y hacer una crítica severa. Hay tiempo para procurarnos la tan citada «regeneración moral», pero sería más crucial para el futuro trabajar intensamente para animar y orientar a los jóvenes a que formen una «generación moral». Ser conscientes de que hay una «oportunidad para la paz» y se llama «oportunidad social».

ESA oportunidad ya existe entre muchos jóvenes que viven la paz como un valor central, aun sumidos en el clima anterior. Movimientos como «Gesto por la Paz» o renovaciones pedagógicas como la «Educación para la paz y el desarrollo» son también realidades pujantes en esta generación tupida como los desagües.

Hay que hacer una apuesta por animar un camino histórico para esta generación que ocasionalmente explota en iras y que porta una violencia aprendida muy grande. No reprimir ni comprar su silencio, sino atreverse a ofrecerles la capacidad de participación social (asociacionismo, rituales sociales vivos, etc.) que seguramente traerá el riesgo de la denuncia y del malestar contra la ciudad que han construido los adultos en la «Santa Transición». Pero a la vez integrará a los jóvenes en un despliegue hacia lo público formando una generación moral.